

La idea de paz y el pacifismo

Reflexiones sobre un libro de Max Scheler

Escribe: JORGE CARDENAS GARCIA

Mayo de 1940. El expreso Berna-París en que me dirigía a esta última ciudad estaba ocupado tan solo por algunas enfermeras de la Cruz Roja y el encargado de la valija diplomática de Rumania, un jovencito que hablaba el francés con un enfático acento meridional, por haber frecuentado en varias ocasiones los cursos para extranjeros en el Instituto Mediterráneo de Niza. Después de recorrer con él los demás vagones de pasajeros los hallamos desiertos y apenas iluminados por débiles bombillas de color azul que escasamente nos permitían orientarnos entre aquella oscuridad impuesta por la guerra, y ninguno de los dos nos sorprendimos de la ausencia de turistas y viajeros de placer en momentos tan dramáticos.

La creencia en la inminente caída de París bajo el avance arrollador del ejército alemán, que dominaba ya el Chemin des Dames, era una realidad que no podía dar lugar a que se repitiera el milagro del Marne o se irguiera de nuevo sobre la tierra la gloriosa sombra del mariscal Foch para señalar un itinerario de fuga a las divisiones motorizadas de von Braulich. Quienes vivimos los comienzos de la guerra en la Alemania nazi y presenciamos la manera como se precipitaba sobre Europa la gigantesca maquinaria bélica del nacional socialismo hitleriano, no supusimos jamás que Francia lograra prolongar su resistencia durante más de tres semanas. Esta creencia vino a confirmarse a mi arribo a la capital francesa en la madrugada del 22 de mayo y momentos antes en Fontenebleau donde subieron al tren algunas personas en cuyo rostro se adivinaban la confusión y la angustia.

Los diarios de la mañana daban cuenta de la destitución del general Gamelin y de su reemplazo como comandante en jefe de los ejércitos franceses por el anciano general Philippe Weygand, de quien se transcribían en grandes "affiches" las palabras iniciales de su llamamiento al patriotismo de la nación. "Si nous tenons, et nous tiendrons, nous vaincrons",

expresiones para confortar el ánimo de un pueblo que ignoró hasta última hora la proximidad de su tragedia pero inútiles para cambiar el curso de los acontecimientos.

Pero en estas circunstancias difíciles en que se abría sobre Francia un porvenir de sombras, cuando —actitud paradójica porque la perspectiva de una guerra larga era la única verdad de la política europea mientras prevaleciera en Inglaterra la admirable y soberbia tenacidad de Winston Churchill, y toda suposición contra el belicismo era quimérica— inicié la lectura del libro de Max Scheler, intitulado *Die idee des Freundens und des Pazifismus*, en la versión francesa de Roger Bastide.

Si existe hoy por hoy un problema que interese y preocupe a la conciencia universal es el problema de la paz. Pero mientras no haya medios eficaces para garantizar a las pequeñas naciones su derecho a la plena autodeterminación y a comportarse en el manejo de su economía y en el ejercicio de sus libertades, sin riesgos para su soberanía, la paz continuará siendo un atrayente tema de especulación para estadistas y escritores, juristas y políticos, que no podrán tranquilizarse con lo sucedido en Hungría en 1956 y la actual invasión soviética al territorio de Checoslovaquia.

La ambición de realizar una paz perpetua es tan antigua como la humanidad, y, sin embargo, la historia es una larga sucesión de conflictos armados, que contradice con la tremenda elocuencia de los hechos la literatura de pensadores y de ideólogos alrededor de la armonía internacional.

Esta oposición entre el anhelo ecuménico de la paz y la adversa realidad, conduce a Max Scheler a plantear los siguientes interrogantes:

I—¿La paz perpetua tiene en sí un valor positivo y es susceptible de realización?

II—¿La evolución de la humanidad se encamina hacia este ideal?

III—¿La historia ha llegado a una etapa en que pueda considerarse que la idea de una paz estable está próxima?

IV—¿Existe un método seguro y visible para suprimir las guerras entre las naciones?

Mientras el pacifismo responde afirmativamente a estos interrogantes, el militarismo, en cambio, los absuelve en la forma de una rotunda negación. Pero entre una y otra de estas dos opuestas direcciones existe una proposición intermedia a la cual adhieren no pocos escritores y que puede enunciarse así: “Quien no es pacifista está igualmente lejos de ser militarista”.

Consiste la teoría de Max Scheler en escindir la idea de paz de los medios sugeridos para realizarla, y no vacila en sustentar estas afirmaciones que cobran con la autoridad del gran sociólogo alemán, una desnuda elocuencia.

I—La paz perpetua no es un sueño, sino que significa además de una noble y generosa inspiración, una idea realizable. La guerra no es

consustancial con la naturaleza humana; por el contrario, lo que sí es humano es el instinto combativo, el cual puede revestir diversos aspectos como la lucha contra los dioses, ateísmo; la lucha contra las pasiones y contra el cuerpo, o sea el ascetismo, la lucha contra la naturaleza inorgánica, en lo cual estriba el trabajo, etc. La guerra es una de las formas de expresión del instinto combativo, y por tanto, no constituye un estado necesario.

II—Sin aceptar el autor la idea de Spencer, según la cual el hombre pasa de la etapa militar a la etapa industrial que representa para el positivismo spenceriano el estado de civilización, y el más alto grado de la evolución humana, advierte en tal evolución no el tránsito de un Estado a otro, de un régimen de violencia a un régimen de conciliación, de acuerdo con la suposición de Spencer, sino una curva constante hacia la paz aunque no se pueda establecer ni el origen de esta curva ni el punto de su culminación.

Gráficamente expresada la paz por esta curva, no es dado con los actuales medios de investigación, precisar el momento en que aquella franquea la perspectiva de la historia.

III—En cambio, lo que sí puede afirmarse es que no hemos llegado a la época de la realización de la paz. Quienes opinan que nos hallamos en condición de practicarla, ignoran que la convivencia entre los países apenas ofrecen tímidas posibilidades de optimismo, si se tienen en cuenta las rivalidades y el odio ancestral entre algunos de ellos y la oposición de Europa a los Estados Unidos.

IV—En la parte final de su libro, Max Scheler somete a severa revisión los siguientes géneros de pacifismo:

El pacifismo cristiano, pues en sentir de Scheler el imperativo religioso y la suprema autoridad del Papa son cada vez más impotentes en la actualidad;

El pacifismo económico de la escuela liberal inglesa, que subestima la fuerza de las ideas y se empeña en no contemplar sino el juego de las fuerzas económicas a cuyo servicio actúa la iniciativa privada, y que identifica el efecto con la causa, ya que la libertad de los mercados será la consecuencia y no el origen de la paz internacional;

El pacifismo marxista que por las ideas del socialismo reformista se confunde con el anterior, y a través de las doctrinas comunistas lleva no a la desaparición de la guerra sino a la substitución de esta por la lucha del proletariado contra los gobiernos burgueses y a la pugna entre naciones capitalistas;

El pacifismo de la cooperación intelectual (Kultur pacifismus) que es un pacifismo inoperante y romántico, ya que el pensamiento se muestra débil e ineficaz ante las fuerzas vitales y el único medio para contrarrestar el mal es el de obrar sobre los nuevos valores dinámicos;

El pacifismo jurídico de la escuela de derecho natural que se propone con Grocio y Pufendorf menos evitar las guerras que humanizarlas

y atribuye con Kant a la noción de paz "una idea reguladora de la política" y no un fin por realizar, y que en la antigua sociedad de naciones se mostró ilusorio e inadecuado siquiera fuese para constituir una etapa hacia la paz mundial.

Tal es, en síntesis, lo expresado por Max Scheler con admirable elevación y con un criterio lógico desprevenido y sereno. Sin embargo, aunque es incontrovertible su tesis en contra del darwinismo social y de la guerra civilizadora desatada por los gobernantes del Estado totalitario, y no obstante su juicioso y certero análisis de la guerra y del instinto combativo, excelso atributo del individuo y fiel expresión de su personalidad, las conclusiones de "La idea de paz y el pacifismo" no son tan explícitas como algunos de los postulados en que se fundan.

Si Scheler exalta el ideal de la paz permanente, su desolado pesimismo acerca de los medios y las técnicas para su consecución no se compadece con su concepto de la paz. Si esta no es extraña al destino del hombre sino que es condición de su progreso y de su perfeccionamiento, ¿no están a nuestro alcance los modos de lograrla, velando por su continuidad?

Acaso no están desprovistas de razón sus objeciones contra la bondad de algunas técnicas propuestas para hacerla valedera, y en lo concerniente al denominado "pacifismo jurídico", se imponen algunos reparos que es preciso insinuar en torno a las ideas del ilustre escritor.

El pacifismo jurídico cree ver surgir la idea de paz de las democracias, más en el sentir de Max Scheler las democracias son aún más belicosas que los imperios conservadores. Es esta una confusión peligrosa, ya que la idea democrática no puede identificarse con la falsa imagen que se forman de ella algunos gobiernos "que debaten las cuestiones de la paz y de la guerra sin el control del parlamento o al menos al margen de la opinión pública".

Scheler confunde el pueblo con las multitudes. Y si es cierto que estas por su sicología inestable y versátil se apasionan con los propósitos guerreros y de conquista expuestos por ciertos demagogos sin sentido de la responsabilidad histórica, el pueblo es tradicionalmente pacifista y aferrado a las nociones de orden y trabajo.

De modo que si la conversión del Estado hacia la dictadura induce a la aventura guerrera, su democratización crea un ambiente adecuado al establecimiento de la paz.

Su crítica a la extinguida Sociedad de Naciones y por ende a cualquier otro organismo similar prevé solamente la defectuosa constitución de aquella entidad, pero esto no autoriza a pensar que con una visión más realista del panorama internacional sea imposible la creación de un superestado capaz de evitar los conflictos armados entre las naciones y alcanzar un razonado equilibrio entre ellas.

La Carta de las Naciones Unidas, que tantas esperanzas hizo concebir a los pacifistas de todas las latitudes, al establecer el veto de las grandes potencias en el Consejo de Seguridad, hace de la ONU un organismo inoperante para detener la agresión contra los países débiles, y

mientras no se consiga un acuerdo realizable para prohibir el uso de las armas nucleares y la destrucción de las existentes, la suerte de la paz seguirá dependiendo de la audacia de quien se atreva a desatar un nuevo conflicto en un mundo dominado por la idea del miedo antes que por la espontánea y sincera convicción de la necesidad del acercamiento y la solidaridad de los pueblos cualesquiera que sean sus tendencias económicas y políticas y el grado de su progreso y desarrollo.

En cuanto a la divergencia de intereses entre Europa y América, destacada por Max Scheler, no es imposible una solución para armonizar los puntos de vista contradictorios de uno y otro continente en el plano de la justicia y del derecho. Tampoco constituye óbice insalvable para garantizar la paz la lucha entre países capitalistas y socialistas, pues la organización política y social que anhela el mundo se basa en la coexistencia entre individuos y naciones, asegurando mediante una más equitativa distribución de las riquezas y un intercambio comercial más racional entre países desarrollados y subdesarrollados, el ideal de la justicia humana.

Mas si cada uno de los géneros del pacifismo mencionados por Scheler no basta por sí mismo para conseguir la ordenada convivencia mundial, no es utópico creer que la conjunción de todos ellos podría converger a la estabilización de la paz, ya que ella no es ajena ni a la voluntad ni a la naturaleza del hombre.

Y si Scheler en su revisión de los sistemas pacifistas olvidó referirse a la misión de la escuela como creadora de un clima moral propicio a la posterior acción de las instituciones que trabajan por el mantenimiento de la paz, ¿no sería también la formulación de una política educativa general con una ancha base de humanismo y solidaridad, otro vasto esfuerzo por cumplir en el camino de la armonía y de la pacificación universales?